

Introducción

Um noch über das Belehren, wie die Welt sein soll, ein Wort zu sagen, so kommt dazu obnehin die Philosophie immer zu spät. Als der Gedanke der Welt erscheint sie erst in der Zeit, nachdem die Wirklichkeit ihren Bildungsprozeß vollendet und sich fertig gemacht hat. Dies, was der Begriff lehrt, zeigt notwendig ebenso die Geschichte, daß erst in der Reife der Wirklichkeit das Ideale dem Realen gegenüber erscheint und jenes sich dieselbe Welt, in ihrer Substanz erfaßt, in Gestalt eines intellektuellen Reichs erbaut. Wenn die Philosophie ihr Grau in Grau malt, dann ist eine Gestalt des Lebens alt geworden, und mit Grau in Grau läßt sie sich nicht verjüngen, sondern nur erkennen; die Eule der Minerva beginnt erst mit der einbrechenden Dämmerung ihren Flug.

(HEGEL, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*,
«Vorrede»)

Por lo demás, para decir aún una palabra sobre su pretensión de *enseñar* cómo debe ser el mundo, la filosofía llega siempre demasiado tarde. Como pensamiento del mundo solo aparece en el tiempo después de que la realidad ha cumplido su proceso de formación y se ha terminado. Lo que enseña el concepto lo muestra necesariamente igual la historia, de

modo que solo en la madurez de la realidad aparece lo ideal frente a lo real y se hace cargo de este mundo mismo en su sustancia, erigido en la figura de un reino intelectual. Cuando la filosofía pinta su gris sobre gris, entonces ha envejecido una figura de la vida y, con gris sobre gris, no se deja rejuvenecer, sino solo conocer; el búho de Minerva solo levanta su vuelo al romper el crepúsculo.

(HEGEL, *Fundamentos de la filosofía del derecho*,
traducción de Carlos Díaz,
Libertarias/Prodhufi, Madrid 1993)

Vivimos tiempos confusos. El exceso de información no ayuda a orientarse, más bien contribuye al confusionismo. Con la sospecha de que tras cualquier mensaje que nos llega se oculta una intención oculta, un interés escondido, estamos tan familiarizados que lo contrario nos sorprendería. El sujeto se siente impotente ante las amenazas que lo acosan. Ahora son evidentemente distintas que en el siglo xx, pero no menos salvajes y amenazantes a la integridad del sujeto. Desde la última llamada crisis, el sistema ha mostrado su verdadero rostro. No tiene barreras para llevar adelante sus planes. Pueblos, culturas, Estados, empresas, familias, puestos de trabajo sucumben impotentes al llamado sistema neoliberal. Que no se trata de un sistema de mercado libre sino de una perfecta planificación a favor de un grupo concreto es evidente.

Por ello, cualquier reflexión debe ser una apuesta siempre contra el poder que trabaja contra el ciudadano de a pie. No debería ser así, pero mientras subsista un sistema basado en el individualismo y economicismo salvaje, lo será. Sería demasiado pretencioso pensar en contribuir a acabar contra los principios en que se asienta este sistema. Pero si al menos a alguno le ayuda a reavivar las ascuas de alguna esperanza que aún le quede en algún rincón de su hogar, nos daremos por satisfechos. Malos tiempos para la poesía. Dicho de otro modo, lo que pretendemos es que el lector asuma «críticamente» sus propias convicciones. Es la única forma de avanzar. Ello requiere un gran esfuerzo. Los poderes visibles trabajan en contra, tratando de invisibili-

zar lo que no les sienta bien. Se trata de hacer visible lo oculto de un modo «crítico». Es la labor de la «filosofía», pero no entendida de modo académico, sino tratando de restituir dicha filosofía al lugar que nunca debió abandonar: la vida de los seres humanos.

Esta investigación quiere comenzar allí donde termina la *Dialéctica negativa* de Theodor-W. Adorno. Al final de su libro Adorno reivindica solidaridad con la metafísica (es decir, con la filosofía) en el momento de su hecatombe. Corría el año 1966. Alemania se estaba recuperando de las heridas físicas y psicológicas de la guerra y de su pasado inmediato. Se contaban los muertos y se reconstruían los edificios. Pero no ocurría lo mismo con las heridas culturales. Al contrario. Se estaban anquilosando y era necesario un revulsivo para reactivar, para engarzar con la moribunda otrora brillante cultura alemana. Adorno era consciente de que la situación en la que se encontraban la cultura y la filosofía tras la debacle nazi en Europa occidental, pero también en la Europa comunista-estalinista o en el liberalismo americano era bastante semejante. Todo el siglo xx, en cualquiera de sus megalomanías, tenía un denominador común: el sujeto estaba sometido a las vejaciones más aberrantes. Hasta el liberalismo estaba acabando, de modo quizás más sutil que las otras pero no por ello menos diabólico, con la idea de libertad que se había proclamado desde la Ilustración.

La filosofía necesita dar un paso atrás, volver a repensarse radicalmente, recuperar la tónica que había perdido desde el siglo xix, tras el idealismo alemán. La filosofía en Europa fue perdiendo fuelle a partir de los años 30, en que mueren los últimos «idealistas», y se refugió en inútiles historicismos que creen que los hechos se explican a sí mismos o en vueltas atrás hacia posiciones supuestamente seguras (el neokantianismo). Nada de todo ello le valió a la filosofía académica. Los únicos que entendieron la verdadera naturaleza de la crisis, Nietzsche y Marx, quedaron arrinconados y nunca reconocidos académicamente.

Fue necesario esperar a que el siglo xx despertara de esta aburrida modorra. Pero su despertar fue una horrible pesadilla. Stefan Zweig nos lo cuenta en su conocido libro *El mundo de ayer* (*Die Welt von Gestern*), la crónica más sangrante de la situación vivida en propia carne. También el escritor Ernst Toller (1893-1939) escribió una impresionante autobiografía: *Eine Jugend in Deutschland*, la crónica de

un tiempo escrita por un activista político y poeta. La obra llega hasta sus 30 años. Así acaba el libro: «Ich bin dreißig Jahre. Mein Haar wird grau. Ich bin nicht müde.» («Tengo 30 años. Mi pelo está ya blanco. No estoy cansado»). Aún le quedaban por vivir los años más duros, hasta que se suicidó en New York, en mayo de 1939. Son solo dos ejemplos de muchos.

A comienzos de siglo Viena se convirtió en el centro de un torbellino revolucionario que buscaba plantar las bases de una nueva cultura: en matemática, psicoanálisis, literatura, pintura, música. Faltaba quizás una reflexión que zurciera todo el entramado. Adorno al menos así lo vio. Es probable que este déficit contribuyera a la debilitación de todo el proyecto. Pero las circunstancias políticas tampoco fueron favorables.

Las discusiones de comienzos de siglo entre intelectuales como Thomas Mann (*Betrachtungen eines Apolitischen*), las posteriores discusiones entre Walter Benjamin y Carl Smitt, la transformación misma de Thomas Mann de convencido escéptico de la democracia en demócrata convencido, reflexionando sobre el tema en su famoso libro *La montaña mágica* (*Der Zauberberg*), o la importante discusión entre Martin Heidegger y Ernst Cassirer en Davos son la crónica de una época que va a marcar el futuro de un modo decisivo. Hoy en día seguimos sin acabar de salir de ese tsunami que se llevó por delante a todo la generación posterior a los años 30.

En España la situación no fue menos trágica que en otros lugares de la Europa occidental. Tras un esperanzador paréntesis republicano (del mismo modo que en Alemania hubo un paréntesis con la República de Weimar), hubo un golpe militar (en Alemania se solventó con unas elecciones) que acabó con el segundo experimento republicano. España entró en una noche oscura de la que apenas estamos despertándonos.

En Alemania, los intelectuales, muchos de ellos judíos, desarrollaron una larga batalla contra su propio tiempo, contra la aceptación de lo que estaba ocurriendo, contra la barbarie en todas sus formas. Esta investigación quiere recorrer algunos de estos hitos, algunos de estos gestos. Porque creemos que las batallas que ellos llevaron a cabo son las que ahora estamos continuando, aunque el enemigo se haya desdibujado. Pero no queremos quedarnos en una mirada histórica. Que-

remos apostar por una forma de enfrentarse y afrontar los tiempos que vivimos. Queremos criticar lo que consideramos acrítico o inválido. Vamos a defender que la reivindicación de la filosofía es fundamental. Pero que no cualquier filosofía vale. Apostamos por una filosofía fuerte, que no se amedrente ante los retos de hoy y que, de algún modo, tome las riendas perdidas. Hay autores que nos acompañan muy de cerca en esta tarea.

Adorno será una referencia fundamental. En la Alemania actual no existe parangón con él, creemos. En la Francia actual nos fijaremos en Alain Badiou. Lo consideramos un seguidor de Adorno en aspectos fundamentales, como se verá. Sobre todo en su radicalidad reivindicadora de la filosofía. También en su forma de entenderla. En España quizás tengamos que ir hasta Miguel de Unamuno para encontrar una figura políticamente (aunque teóricamente no tanto) sólida. Muy distinto que los anteriores, pero de convicciones políticas fuertes, no tanto filosóficas; el instinto «democrático» (del «demos» griego) de Unamuno le guió certeramente aunque dramáticamente, como no podía ser de otro modo.

Mucho y desde muy pronto se comenzó a discutir ya sobre la actualidad o no actualidad de la Escuela de Frankfurt y de sus planteamientos. Max Bense planteaba que la teoría ya quedó anticuada en el exilio californiano mismo. Mucho más explícito fue Habermas. Ya en 1970 y posteriormente en 1983, al retomar la docencia en la Universidad de Frankfurt, expresó su intención de no continuar la tradición de sus predecesores. Dijo que esa tradición de pensamiento pertenece a otra época por cuanto responde a situaciones ya superadas. Ahora, dice, «el comportamiento adecuado es la exploración y el revisionismo sin consideraciones» («Bemerkungen zu Beginn einer Vorlesung», en *Die Neue Unübersichtlichkeit*, Frankfurt/M., 1985).

La cuestión de la subjetividad es clave para entender nuestro tiempo. La subjetividad moderna ha claudicado frente al nihilismo, según Heidegger. Heidegger pretende desenmascarar un nihilismo que se halla en su fondo. Es la barrera que impide avanzar. Pero si aceptamos la «deconstrucción» de la metafísica de la subjetividad (moderna) propuesta por Heidegger, nos hallamos ante la claudicación de la filosofía frente a aquello que la hace posible, frente a su capacidad de resistencia crítica ante lo impuesto socialmente. La (re)vuelta y (re)instaura-

ción de la problemática de la subjetividad en el corazón mismo del Idealismo Alemán le posibilita, por el contrario, a Adorno tanto el poder plantear un concepto de subjetividad que «supere» desde dentro (especialmente en su *Dialéctica negativa*) la noción de nihilismo inherente a la subjetividad moderna, así como localizar el punto de debilidad de la misma estructura del edificio heideggeriano. Habermas también (como Adorno) comienza el «discurso filosófico de la modernidad» con Hegel. Pero Habermas neutraliza el planteamiento de los frankfurtianos al equipararlo al de Heidegger. Así diluye su fondo en unas turbias aguas donde se difuminan los contornos, donde todas las vacas son negras. A Habermas le ocurre con Adorno algo parecido de lo que le ocurre a Heidegger con Nietzsche. Al querer recuperar y así salvar a su «maestro» se le queda fuera el verdadero motor de su impulso filosófico creativo. Tanto a Heidegger como a Habermas les falta el instinto básico inequívoco de Nietzsche y Adorno que les permite detectar la resignación acrítica como una «renuncia» a continuar filosofando.

Decir pensamiento crítico es lo mismo que decir pensamiento sin más. Podríamos decir pensamiento auténtico, frente a otro, que, a la postre, deja de ser pensamiento. Ya Herder decía en su tiempo (refiriéndose al estudio de los griegos clásicos): «Estudiar no quiere decir investigar meramente el sentido de las palabras, sino con los ojos de la filosofía mirar en su espíritu... Con el ojo de la historia mantener el tiempo contra el tiempo, el paisaje contra el paisaje y el genio contra el genio..., la Bildung (la formación) —no la “chapuza política” (“politische Pfuscherie”) del momento— debe crear un nivel de libertad y con ello de “sociabilidad” (“Geselligkeit”)».¹

La «chapuza política» es la que permite los excesos y aberraciones de siempre que también hoy vivimos a todos los niveles: político, económico, cultural; podrían resumirse con la famosa frase que el pintor Goya escribió en uno de sus grabados que pertenece a la serie *Los desastres de la guerra*, la guerra del pueblo ibérico contra el invasor fran-

¹ Cita tomada de Haym: «*Studieren heisst nicht bloss den Wortverstand erforschen, “sondern mit den Augen der Philosophie in ihren Geist blicken ...mit dem Auge der Geschichte Zeit gegen Zeit, Land gegen Land, und Genie gegen Genie halten”*» (Haym 1961, 192). Sobre Herder, ver bibliografía.